

Y, para terminar, tan solo me queda volver a la figura de San Fernando, para luchar como él por la soberanía social de Cristo y antes de emprender de nuevo esa batalla, siguiendo su ejemplo, y muy especialmente en este año mariano, quisiera pedir la protección de la Santísima Virgen, haciéndole al mismo tiempo una ofrenda con unos versos de alguien a quien le tengo muchísimo cariño:

¡Señora Inmaculada de la historia de España!
 Tu misma nos la hiciste y huele a santidad.
 Derrota son honores, que las guerras de Cristo
 se ganan en los cielos y allí está la Verdad.
 ¡Señora Inmaculada! Somos aquellos mismos
 que siglos defendieron tu pura concepción.
 ¡Como ayer, como siempre, como cuando hizo falta,
 España, de rodillas, te ofrece el corazón.

Muchas gracias.

DISCURSO DE ALBERTO JORNET NAVARRO

Queridos amigos de la Ciudad Católica:

Nos encontramos de nuevo reunidos, un año más, tras haber participado en la renovación del Santo Sacrificio, celebrando la festividad de nuestro Santo Patrón, San Fernando.

Es esta ocasión para hacer balance de otro curso que concluye, de tomar conciencia de la fuerza y el progreso de nuestras células de formación, de desarrollar nuestras relaciones personales, tan valiosas para futuras actividades al servicio de la Verdad y de inyectarnos el entusiasmo necesario para el próximo curso.

Es también la agradable ocasión de felicitar al incansable animador de la Ciudad Católica, don Juan Vallat, por el galardón que le acaba de conceder la Academia Montesquieu, por la obra que ya conocéis: «Montesquieu, leyes, gobiernos y poderes».

En esta festividad invocamos la protección y ayuda de Fernando III el Santo, es decir, de un miembro de la Iglesia triunfante, que como tal es testigo y portador de la Tradición divina y que supone una apología perpetua y un motivo de credibilidad.

Sabemos que goza de la eterna felicidad pero no por ello olvida el Santo las almas de la Iglesia militante, la Iglesia que aún lucha contra el pecado y el error; ni a las almas del purgatorio. Por su amor a Dios, los santos aman las almas que Jesús ama y su amor no es pasivo. Si la oración de un hombre en la tierra puede mover a Dios, ¿qué poder no tendrá la de un amigo íntimo de Dios?

Nosotros debemos venerar y honrar a los santos, y no solo porque pueden y quieren interceder por nosotros, sino también porque así lo exige nuestro amor a Dios. ¿Acaso no es honrado el artista cuando se alaba su obra? Pues los santos son el fruto más perfecto de la Encarnación y la Redención, son las obras maestras de la gracia de Dios.

Así, con la certeza de su eficacia y la intención de honrar a su Redentor y Santificador, invocamos a San Fernando en este día pidiendo que interceda ante Jesucristo para que su Reino venga así en la tierra como en el cielo, para que bendiga nuestros trabajos en

servicio de ese reino, que nos ilumine, nos guíe, nos impida desviarnos, nos preserve del orgullo, sea nuestra fuerza y nuestro escudo; que nos cavió amigos fieles y numerosos y los necesarios recursos» (1).

Jesucristo realiza la obra de la redención a través de sus tres misterios:

- mediante el doctrinal o profético, Jesús se dirige al entendimiento, anunciándole la verdad divina;
- mediante el pastoral o real, Cristo se dirige a la voluntad, a la que inculca los preceptos de la ley divina y pide obediencia a los mandatos de Dios;
- mediante el sacerdotal, con su sacrificio, reconcilia al hombre caído con Dios.

La eficacia de la salvación supone el deber de cumplir las leyes que Dios ha revelado, pero no se trata, al colaborar en la labor redentora de Nuestro Señor, de actuar únicamente en el orden individual de cada alma; si cada hombre tiene un fin sobrenatural, el mismo fin tiene el orden humano.

Así lo enseña el Magisterio de la Iglesia, que a partir del dogma y de la moral cristiana, y proyectándolos sobre el dominio social del hombre, da lugar a un conjunto de principios que regulan la vida del hombre en sociedad.

La labor de estudio, formación y difusión de la Doctrina social de la Iglesia que llevan a cabo los amigos de la Ciudad Católica adquiere una clara dimensión sobrenatural. No en vano nuestras publicaciones nos recuerdan en numerosas ocasiones la idea que expresa así San Pío X en la encíclica a los Obispos de Italia (1905): «Para restaurar todas las cosas en Cristo por medio del apostolado de las obras es necesaria la gracia de Dios, y el apóstol no la recibe si no está unido a Cristo. Recibamos a Jesucristo en nosotros para poder devolvérselo a las familias y a las sociedades. Cuantos participan en el apostolado están obligados a ser verdaderamente piadosos» (2).

Y de la influencia y trascendencia que tiene el orden social en lo espiritual nos habla Pío XII cuando escribe: «De la forma que se dé a la Sociedad, conforme o no a las leyes divinas, depende y deriva el bien o el mal de las almas, es decir, el que los hombres, llamados todos a ser vivificados por la gracia de Cristo, en las terrenas contingencias del curso de la vida, respiren el sano y vivificante hálito de la verdad y de las virtudes morales o, por el contrario, el microbio morboso y a veces mortífero del error y de la depravación» (3).

Nuestra labor de servicio a la Verdad no será, pues, únicamente estudio y difusión, sino también la puesta en práctica de la doctrina; es necesario que los gobernantes y aquellas personas que tengan una responsabilidad social notoria, posean nociones claras sobre las exigencias del reinado social de Cristo y que, además, las apliquen.

Estudio, difusión, aplicación y también combate contra los principios que niegan o desvirtúan la doctrinas «Estamos viviendo hoy —es-

(1) *¿Qué es la Ciudad Católica*, Editorial Speiro, Madrid, 1962, págs. 29 y 30.

(2) *¿Qué es la Ciudad Católica*, Editorial Speiro, Madrid, 1962, pág. 29.

(3) *Para que El reino*, Jean Ousset, Editorial Speiro, Madrid, 1972, pág. 27.

cribe Hilaire Belloc— bajo un régimen de herejía que solo se distingue de los períodos anteriores porque el espíritu herético se ha generalizado y se presenta en varias formas» (4). Y este «espíritu herético», la Revolución, combate y subvierte el orden natural.

Así nuestra labor ha de ser contrarrevolucionarias estudiar, difundir y aplicar la Doctrina Social de la Iglesia y combatir la Revolución.

Es triste que la mayoría de los militantes católicos no tengan conciencia de la necesidad de actuar socialmente ni de fundamentar doctrinalmente su acción.

Afirma Ousset que el único provecho que podemos sacar del ejemplo revolucionario, es «un provecho de emulación, de excitación, de alerta. La analogía de un cierto ardor. Al ver cómo se afanan los agentes de la subversión, cómo se aplican en actuar cada vez mejor; esto nos puede al menos causar sonrojo» (5).

Y en este sentido relata sus experiencias Douglas Hyde, antiguo miembro del Partido Comunista Británico convertido al catolicismo, como ejemplo del sistema para obtener fuertes compromisos personales, por parte de una de las manifestaciones más eficaces de la Revolución:

«Caracteriza a los comunistas, idealismo, celo, consagración, devoción para su causa y capacidad de sacrificio. La juventud es un período de idealismo. A él apelan los comunistas. El joven choca con el mundo de los adultos, desea cambiarlo, desea un mundo mejor. La llamada al idealismo es directa y audaz. A pequeñas llamadas corresponden pequeñas respuestas y a grandes llamadas corresponden respuestas heroicas. Los sacrificios se realizan por parte de minorías que arrastran con su ejemplo a los recién llegados. Si la mayoría de los miembros de una organización están medio apagados no es de sorprender que los que se unan pronto se conformen al ejemplo general.

»El sacrificio, la entrega, son importantes pero no suficientes. Hay cosas que ayudan a hacer que un hombre persista como miembro activo. Para lograrlo se debe crear una voluntad de sacrificio inicial, pero seguir también dando una preparación, una práctica y una instrucción.

»La dedicación de su compañero comunista es el impacto más fuerte que recibe el recluta. La primera impresión cuando entra en el Partido es la actividad. Así, al tomar su decisión de unirse a la lucha, al mismo tiempo se prepara psicológicamente y se predispone a grandes exigencias y a grandes entregas. Su actitud ante la realidad que le rodea cambiará tajantemente y los líderes han de encaminar sus esfuerzos por los caminos que sean necesarios.

»El siguiente paso es el enviar al recluta a alguna actividad pública, donde el contacto con la gente suscitará controversias que quizá no sepa resolver. Se apercibirá de su propia ignorancia, esto quizás sea el comienzo de la sabiduría. La teoría y la acción —aparentemente opuestas— han encontrado una unidad en su mente y en su experiencia.

»Por su actividad pública el recluta se siente más obligado a la causa y está capacitado para un nuevo proceso, el de su formación

(4) *Las grandes herejías*, Hilaire Belloc, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1966, pág. 17.

(5) *La acción*, Jean Ousset, Editorial Speiro, Madrid, pág. 29.

teórica. Se le propone la asistencia a un grupo de estudio, cuya asistencia ha de ser constante durante el curso. Los que van a las clases lo hacen sintiendo verdadera necesidad de lo que se les va a ofrecer, asisten con una disposición mental receptiva. Se les hará entender desde un principio que la instrucción no es un fin en sí mismo, que lo que se le enseña no son meras palabras sino que hay quien vive el comunismo que se le está enseñando. El proceso de formación es cuidado al máximo y será en estos grupos donde surja la posibilidad para algunos de convertirse en líderes» (6).

Claras son las razones del triunfo presente de la Revolución: Dios no niega el fruto a los esfuerzos del impto, nos recuerda también Ousset.

Nuestra acción requiere esa consagración constante, esa entrega generosa y también requiere la utilización conveniente y decidida de los medios, de nuestros medios: las células de formación cívica para la Contrarrevolución, donde se asimila más vivoamente la doctrina y se obtienen el hábito de hablar de ella, y donde se verifica la utilidad de Verbo, las restantes publicaciones de Speiro y de otras editoriales afines, que contribuyen con su labor a la formación sistemática e intensiva para propagar y vivir la Verdad.

Concluiré con un recordatorio sobre cuál es nuestra grave obligación en palabras de Pío XII:

«La verdad tiene que ser vivida, comunicada, aplicada en todos los sectores de la vida. También la verdad, particularmente la cristiana, es un talento que Dios pone en las manos de sus siervos para que con sus empresas fructifique en obras de salvación común. A todos cuantos se hallan en posesión de la verdad querríamos preguntar, antes que lo haga el eterno Juez, si han hecho fructificar el "talento" de modo que merezcan oír la invitación del Señor a entrar en el gozo de su paz».

TEXTO ESCRITO PARA EL DISCURSO DE RAFAEL BOTELLA GARCIA LASTRA

Queridos amigos:

Esta discreta colación nos retrotrae a los tiempos medievales, época de esplendor del monacato cristiano, cuando en refectorios de tan desundadas paredes como éstas, conforme al sobrio estilo cisterciense el corazón de castellanos recios palpita con la certeza de su lugar en el mundo y del sentido de sus vidas.

También San Fernando, Rey, gobernante cristiano, percibía su misión política en el mismo entrañable orden natural en que los monjes elevaban sus preces, los guerreros combatían al infiel, los artesanos manifestaban la gloria de Dios en las obras de sus manos, los filósofos y teólogos buscaban y contemplaban la Verdad, los juristas descubrían la íntima justicia escondida en el orden natural de las cosas y,

(6) Recensión hecha por Alberto Jornet del libro «¿Cómo formar dirigentes?», Douglas Hyde, Ed. Pisando Fuerte, Artesa de Lérida, 1968. Publicada en el número 2 de la revista *Aquí estamos*, en noviembre de 1983.